

TRES LECCIONES DE SOCIOLOGIA LATINOAMERICANA

B. Mantilla Pineda

LECCION PRIMERA

LA SOCIOLOGIA LATINOAMERICANA A TRAVES DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Nuestra América, la de razas mestizas y lenguas romances —español, portugués y francés—, fue denominada sucesivamente Indias Occidentales, Colonias Españolas, América Latina, Indoamérica, etc. Aunque estas distintas denominaciones corresponden a ciertas modalidades de nuestra América a través del tiempo, persiste el hecho de su continuidad histórica, de su evolución social y de su proceso cultural. Lo que es actualmente nuestra América, depende en gran medida de lo que fue a partir de su revelación al Viejo Mundo. Nuestra América es hoy un conglomerado de veinte repúblicas con ciertas propiedades comunes, pero también con ciertos rasgos peculiares. La sociología latinoamericana, en consecuencia, tiene que ser en parte sociología histórica y en parte sociología sistemática, según el énfasis que se ponga ora en el pasado ora en el presente.

Antes de que se fundara la sociología y mientras se hace sociología, la realidad social latinoamericana ha sido y sigue siendo analizada, descrita e inclusive valorada por la literatura latinoamericana.

Acaso no nos lo dicen así la crónica, los diarios de viajes, la historia, el ensayo y la novela social de América Latina? Lo que hay de consideraciones sociales en la literatura latinoamericana no es sociología estrictamente, sino pensamiento social de gran valor documental. En el caso del ensayo se intenta crear doctrina social, pero faltan los presupuestos científicos suficientes y los métodos de conocimiento bien definidos o garantes de plena objetividad.

El pensamiento social es el conjunto de conceptos y juicios empíricos acerca de la sociedad y sus fenómenos fundamentales. ¹ Pero el pensamiento social latinoamericano consignado y contenido en los documentos ya citados, podemos someterlo a un proceso de refinamiento, como si fuera mineral en bruto, para limpiarlo de escorias y materias extrañas primero y para fundirlo después. Del pensamiento social latinoamericano podemos extraer por lo menos una parte de la sociología latinoamericana.

I) LA CRONICA.

La crónica es el primer documento literario que registra e interpreta la realidad social latinoamericana. No es necesario advertir que se trata de una crónica extranjera, producto de una cultura exótica y del esfuerzo del espíritu vernáculo por autodeterminarse. Nuestra crónica es crónica española escrita por frailes y legos instruidos en latines y helenismos. Inclusive el Popol Vuh, el libro quiché sobre los orígenes del mundo y del hombre, está retocado por la mano del catequizador hispano. El pensamiento social y la realidad social aborígenes, nos han llegado a través de intermediarios poco escrupulosos de la verdad científica.

Los cronistas del período de la conquista y comienzos de la colonización tienen el mérito de haber sido testigos del contacto de hombres pertenecientes a razas, sociedades y civilizaciones distintas y en grados diversos de evolución. Gracias a su testimonio tenemos conocimiento, aunque muy parcial y externo, de la población, de la organización social, de las prácticas y costumbres, de la religión y comercio aborígenes. Los cronistas sin embargo tienen la desventaja de carecer de intención científica y consiguientemente de adiestramiento técnico en la ejecución de su trabajo. Son frecuentemente demasiado ingenuos, demasiado propensos a la hipérbole y fantasmagoría y demasiado prevenidos contra lo indígena. Solo excepcionalmente enfocaron algunos fenómenos y problemas sociales en forma aceptable a las exigencias de la ciencia moderna. Predominaba en ellos el afán

narrativo sobre la explicación científica. Algunos sin embargo, se adelantaron con sus investigaciones y descripciones al nacimiento de la etnología y de la sociología. Mariano Picón Salas define la **Historia general de las cosas de la Nueva España** de Fray Bernardino de Sahagún "como la más rica cantera de investigación sociológica que se haya levantado nunca en América y acaso en país alguno. Ha habido en Sahagún (dos siglos y medio antes de Voltaire y de Herder) una intuición poderosa de lo que habría de llamarse después "Historia de la Cultura". ²

Para México podemos citar, aunque sus obras no lleven el nombre de crónicas, a Hernán Cortés con sus **"Cartas y relaciones de la conquista de Méxco"**, a Fray Bernardino de Sahagún con su **Historia general de las cosas de Nueva España**, a Bernal Díaz del Castillo con su **"Conquista de la Nueva España"**; para el Perú a Francisco de Jerez con su **"Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla"**, a Pedro Cieza de León, paralelo de Jenofonte, que cruzó a caballo la América Meridional desde el Golfo de Urabá hasta Buenos Aires, con su **"Crónica del Perú"**, al Inca Garcilaso de la Vega con sus **"Comentarios reales"**, al indio boliviano Felipe Guzmán Poma de Ayala (1526-1614) con su **"Crónica y buen gobierno"**, descubierta, vertida al castellano y editada por el sabio Arturo Posnansky; y para todo el continente al Fray Bartolomé de las Casas con su **"Breve relación de la destrucción de las Indias"**, a Francisco López de Gomara con su "Historia general de las Indias" y a Gonzalo Fernández de Oviedo, contertulio de Don Diego Colón, con su **"Historia natural de Indias"**.

II) LOS DIARIOS DE VIAJE

Los diarios de viaje fueron escritos por españoles, italianos, franceses, ingleses y alemanes. No son literatura latinoamericana por sus autores, sino por su asunto. Los diarios de viaje tuvieron origen en el contacto cálido y maravilloso con el Nuevo Mundo. Cristóbal Colón fue el primero en iniciar este género literario sobre temas americanos. El diario de viaje de Colón fue publicado por primera vez por Hernando Colón y el P. Las Casas en 1536. Una parte de sus cartas y relaciones fue descubierta tardíamente en 1791 por el oficial de marina Navarrete en los archivos del convento de San Esteban y del duque de Veragua, descendiente del almirante. "La cualidad de Colón, dice Jakob Wassermann, que más han elogiado los historiadores, y que ha puesto de relieve el mismo Alejandro von Humboldt, es la a-

guda y exacta observación de fenómenos que caían por entero fuera de su experiencia".³

Colón recogió en su diario las impresiones continuas que sentía en sus travesías marítimas por lo ignoto, en su visión asombrada de la exhuberancia de la naturaleza recién descubierta y la sencillez adánica de los aborígenes. Creíase predestinado por Dios para el descubrimiento y casi con delirio mesiánico describía los lugares visitados por él, como si se tratara de los linderos del paraíso terrenal. Describe las costumbres indígenas, sus adornos, vestidos, formas de las casas, utensilios, especialmente las hamacas, herramientas de trabajo, los medios de navegación (la canoa), la organización social con la subordinación de los grupos a un jefe llamado cacique. Los indígenas con quienes trató Colón en su primer viaje eran los pacíficos tainos y siboneyes. Por razón de su mansedumbre connatural, nació el mito de la bondad del hombre americano, mito que tomará la categoría de paradigma en la literatura política de Juan Jacobo Rousseau y en la novela romántica de Chateaubriand. Este concepto valorativo del hombre primitivo tuvo también importancia doctrinaria en la "Utopía" de Tomás Moro, que revierte en los experimentos de Vasco de Quiroga en Michoacán y en las misiones de los jesuitas del Paraguay.

"La importancia de los viajes de Colón, dice Carlos Pereyra, es histórica más que geográfica. Abre una época".⁴ Mientras Colón murió ignorando la importancia geográfica de su descubrimiento, Américo Vespuci dio cuenta genialmente de la existencia de una cuarta parte de la tierra. He ahí el secreto de su éxito. Vespuci visitó nuestro continente en 1499 junto con Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa, levantó mapas y escribió relaciones del territorio que es hoy Venezuela y las Guayanas inglesa y holandesa. De regreso a Europa publicó sus relaciones fechándolas dos años antes, es decir, en 1497. Fue con base en esta publicación que el geógrafo lorenés Wadsemüller denominó a nuestro continente América en honor de Américo Vespuci.

Los diarios de viaje volvieron a surgir abundantemente en el siglo XVIII con los ingleses y franceses. Las causas de este fenómeno social y cultural son muy conocidas. Ante todo el humanismo internacional de los jesuitas, la difusión del iluminismo francés y la apertura de nuevos puertos para el comercio internacional. Entre los más destacados viajeros hay que citar a M. Amadeo Frezier (1713), a Vancouver (1795), a Alejandro von Humboldt, a Jorge Juan de Santacilla y a Antonio de Ulloa.

Alejandro von Humboldt, el "Aristóteles moderno", goza de primacía de la ciencia y del prestigio entre los viajeros del siglo XVIII.

Se le considera con razón como el fundador de la geografía científica, de las ciencias naturales y aún de los estudios sociales en América. "La geografía, la astronomía, la minería, la botánica, la química, **las costumbres y tradiciones históricas, el estado social y político**, la naturaleza toda, en fin, de los países visitados, dice Nicolás García Samudio, fueron temas y análisis de estudio con los cuales dejó Humboldt las bases de aquellas ciencias en América".⁵

Humboldt, por otra parte, influyó personalmente en Simón Bolívar, a quien persuadió en París de la madurez del Continente americano para la independencia. Humboldt recuerda en su correspondencia las conversaciones con el Libertador. También Francisco José de Caldas, aunque no lo necesitaba por su genio, fue en parte estimulado por la presencia y amistad del sabio tudesco. Caldas, en compañía de un grupo selecto de investigadores y de próceres como Tadeo Lozano, Eloy de Valenzuela, José Manuel Restrepo, Joaquín Camacho y José María Salazar, fue el autor del "**Semanario de la Nueva Granada**", prestigioso órgano de expresión de la Expedición Botánica. El "**Semanario...**" contiene observaciones y consideraciones sociales que valdría la pena ordenarlas con criterio sociológico. La observación de Caldas, por ejemplo, sobre las clases sociales en la Audiencia de Quito es certera y se puede hacer extensiva a toda la América Latina de entonces: "Hay tres clases, dice Caldas: nobleza estado medio y plebe. La nobleza... vive ocupada en litigios o en el cuidado de sus haciendas y gran parte del tiempo en la inacción. El mestizo es el que comercia y la plebe la que sufre todo el peso de la labranza y el servicio de la ciudad".

En el siglo XVIII, la época de los viajes y las expediciones científicas a América, visitaron estas latitudes los famosos marinos españoles Jorge Juan de Santacilla y Antonio de Ulloa, quienes investigaron la geografía, la náutica, la administración y la economía americanas. Síntesis de su árdua labor científica fueron "**Las noticias americanas**". Los capítulos finales se refieren a la lengua, las costumbres y la religión indígenas.

Aunque viviera en el siglo XVII —1648 a 1697—, el viajero español Francisco Coreal pertenece al siglo XVIII por su espíritu y por la amplia difusión que encontró entonces su libro "**Viajes a la Indias Occidentales**". De este libro que se tradujo al francés y que se editó copiosamente (cinco ediciones en francés), dice el crítico colombiano G. Giraldo Jaramillo que "encierra documentos preciosos sobre la vida hispanoamericana colonial, agudas observaciones sobre la marcha de estos reinos, sobre su pasado y su futuro, sobre la situación del in-

dio, sobre la mentalidad de españoles y criollos, sobre el comercio intercolonial, sobre numerosos aspectos que difícilmente se encuentran en documentos contemporáneos".⁶

Jorge Carrera Andrade, poeta historiador, opina por su parte que "entre los capítulos del libro de Coreal se encuentra un verdadero ensayo sociológico titulado **"Causas de la decadencia de los españoles en las Indias Occidentales"**... Las causas principales son para él la ignorancia de los magistrados, la corrupción de los jueces, la avaricia de los eclesiásticos, la incapacidad de los soldados que más que tales parecen salteadores de caminos, el comercio convertido en fraude continuo, el contrabando sostenido mediante el procedimiento de sobornar a las autoridades, la falta de cumplimiento de los reglamentos y leyes y, sobre todo, el lujo y ociosidad de los poderosos que habían minado en el pueblo la autoridad y el prestigio del rey".⁷

Los diarios de viaje modernos difieren de las crónicas especialmente por su afán de comprensión y de interpretación de la naturaleza, del hombre, de la sociedad, de los recursos económicos, de las posibilidades en diversos aspectos sociales y por la crítica de las costumbres y de los abusos del poder. Siempre que estos diarios procedan de autores tan respetables como el conde de Keyserling o el académico André Siegfried, pueden considerarse como sucedáneos de la sociología latinoamericana. Las **"Meditaciones suramericanas"** de Keyserling no son, como advierte su autor, un libro sobre Suramérica, como tampoco las **"Cartas persas"**, de Montesquieu, fueron un libro sobre Persia, pues tratan las más importantes cuestiones, generalmente humanas, desde los abismos de la vida telúrica hasta las alturas del espíritu, pero como las soluciones han sido fruto del contacto personal con el mundo hispanoamericano, casi todo lo concreto que encierran muestran un sello y un colorido hispanoamericano. El título refleja con perfecta exactitud el sentido y el carácter del libro.⁸ Keyserling abunda en sutiles interpretaciones de hechos cósmicos, biológicos, psíquicos y sociales de nuestro Continente, como lo telúrico, la puna, el miedo primordial, la viscosidad del reptil, el destino, la sangre, la guerra, la gana, etc.

André Siegfried, en su obra **"Amerique Latine"**, fruto de un rápido periplo por nuestros países, se acerca bastante a la forma didáctica del tratado de sociología. El medio ambiente geográfico, la actividad económica, la vida política y la cultura están vistos y estudiados a vuelo de pájaro, pero sin que falten por ello las anotaciones agudas y certeras. Hay alguna relación entre la "Amerique Latine" de Siegfried y **"Existe América Latina"**? de Luis Alberto Sánchez? Pa-

rece que sí. Una relación de estímulo respuesta tal vez. El libro de Siegfried es de 1931. Sánchez confiesa que las primeras páginas de su libro provienen de 1932. Además lo cita en casi todos los capítulos.

III) LA HISTORIA DE AMERICA LATINA

La historia de América Latina es todavía una aspiración. La investigación histórica no marcha paralelamente con la trascendencia de los héroes y sus hazañas, ni mucho menos con la función social de las instituciones y el pueblo, que son también sujetos de la historia. La historia tiene que ser en nuestro medio tarea de sabios, de especialistas, y no mero pasatiempo, **hobby**, de diletantes. De la abrumadora cantidad de historias nacionales, de cuadros históricos, de semblanzas, de biografías, de monografías, sólo una mínima parte puede calificarse como historia científica. El resto es leyenda heroica, novela histórica de mal gusto, fantasía. Nuestros historiadores son en su mayor parte amateurs. Un sinnúmero de factores se interponen entre el deseo de hacer historia científica y su realización. Hace falta en nuestro medio una tradición cultural como aquella que en el siglo pasado, el Siglo de oro de la historia, produjo esa pléyade de historiadores en Francia, Alemania e Inglaterra, que se llamaron Ranke, Mommsen, Michelet, Guizot, Thierry, Carlyle, Macaulay. Hace falta un entrenamiento científico y técnico previo que ponga en manos del futuro historiador los instrumentos documentales, conceptuales, las direcciones o rumbos de la investigación y los procedimientos de trabajo. Y hace falta igualmente una concepción grandiosa del devenir histórico americano, porque no es cierta la aseveración de Hegel de que América carezca de historia.

La historia de América Latina se ha escrito hasta hoy casi al azar. Ha vivido supeditada al soplo de las ideas dominantes en Europa. Así ha querido ser clásica retomando como modelos a César y a Salustio. Ha querido ser enciclopédica siguiendo las huellas del racionalismo francés. Ha intentado ser romántica con anhelo universalista a la manera de Víctor Hugo. Ha pretendido ser positivista por el estilo de Hipólito Taine. Y ha pretendido también, retorciendo la realidad de los hechos, aplicar la dialéctica marxista. Y en nuestros días quiere ser, ya con ciertos visos de realismo y objetividad, historia social. Es un esfuerzo notable que aparece en Argentina con Ricardo Levene; en Chile con Ricardo E. Latcham; en Paraguay con Natalicio González; en el Perú con Jorge Basadre y Luis E. Valcárcel; en Ecuador con Oscar Efrén Reyes; en Colombia con Julio César García; en Ve-

nezuela con José Gil Fortoul; en México con Justo Sierra, etc., etc., equipo selecto de investigadores que representa e ilustra el nuevo sentimiento de comprensión humana y social de la historia latinoamericana, sentimiento que promete ser fecundo. Si los historiadores citados limitan sus esfuerzos a la formación de ciclos históricos nacionales, como es aconsejable científicamente, otros autores, como Luis Alberto Sánchez y Carlos Pereyra, se han aventurado solos a hacer historia general de América.

Sánchez es rico en insinuaciones, sugerencias y acopio de documentos, pero en gracia de la brevedad aglomera demasiado los hechos, disminuye la perspectiva, no permite ver cada cuadro histórico en su viva y abigarrada realidad. Pereyra cuida mucho de la exposición didáctica, de la exactitud del dato, del principio doctrinal y de la concepción orgánica, pero se sustrae a la involucración y valoración de lo autóctono. Da de espaldas a las civilizaciones precolombinas, civilizaciones que hoy en la concepción copernicana de la historia de Spengler tienen el mismo rango de las civilizaciones de la historia antigua. Arnold J. Toynbee ha destacado también el papel histórico de las civilizaciones maya-azteca, inca y chibcha. Sánchez es indigenista y Pereyra hispanista. Pero entre los dos polos del indigenismo y del hispanismo exagerados, hay un justo medio contenido en la frase feliz: "América debe comprender la conquista y España la independencia".

La historia de América escrita con criterio social, como en el caso de Sánchez y Pereyra representa un serio peligro para la existencia de la sociología latinoamericana. La importancia capital que dichos autores conceden a las condiciones geográficas, las razas, a las clases sociales, a los grupos sociales, a la economía, a la política, a la cultura, a las cifras demográficas, al delineamiento orgánico de las épocas y a la interdependencia del proceso histórico como un todo, aproxima demasiado la historia de América a la sociología americana. Si yo no tuviera una concepción definida del objeto y método de la sociología y no tuviera en mente el programa que se propone desarrollar la sociología latinoamericana, casi me atrevería a decir que el material de ésta ya se encuentra en aquélla y que el sociólogo no tendría otro trabajo que ordenarlo con su propio criterio y con sus procedimientos y objetivos. La historia social de América, podría pasar por una "**Historia de la cultura americana como sociología de la cultura americana**". Tal es el caso conspicuo de la "**Historia de la cultura en la América Hispana**" de Pedro Henríquez Ureña, excepto su brevedad. Recordemos aquí que Alfredo Weber concebía justamente la historia de la cultura universal como una sociología de la cultura,

alegando que no había más sociología científica que ésta, aunque posteriormente echara pie atrás.

Pero la historia de América, sea del matiz doctrinal que fuere, no puede sustituir a la sociología americana. Entre las dos disciplinas sociales no puede haber sino la relación que he indicado en el capítulo "El deslinde de la sociología" de mi texto "**Sociología general**". La historia estudia hechos individuales, concretos, atípicos, considerados temporalmente de manera irreversible. En cambio, la sociología investiga hechos típicos. El devenir incesante la una, procesos y estructuras la otra. La profusa acumulación de material historiográfico americano, clama a voz en cuello una historia de la historia de América, que analice, clasifique, ordene e interprete lo más valioso de nuestra historiografía.

IV) EL ENSAYO LATINOAMERICANO

El ensayo latinoamericano, que ha sido cultivado con lujo de detalles por nuestros escritores, es hoy considerado como el precursor de la sociología latinoamericana. El ensayo es un género literario que guarda relación de afinidad con nuestro temperamento inestable, versátil y filoneísta, porque el ensayo es ágil, variado, ondulante, kaleidoscópico. En él toman parte por dosis iguales la inteligencia y la imaginación. El ensayista no necesita erudición ni hondura; le basta la información general, la intuición y la comprensión inteligente del tema de que se ocupa. Por supuesto, hay ensayistas de vasta y profunda cultura. Un Unamuno o un Ortega y Gasset, por ejemplo.

El ensayo en general, según Medardo Vitier, "es una composición en prosa (lo cual no es tan obvio como parece, pues en la literatura inglesa, sobre todo, hay piezas en verso que son y se titulan "essays"); su naturaleza es interpretativa, pero muy flexible en cuanto a método y estilo; sus temas, variadísimos, los trata el autor desde un punto de vista personal; la extensión, aunque varía, permite por lo común que el escrito se lea de una sola vez; revela, en fin, las modalidades subjetivas del escritor".⁹

El ensayo tiene seguramente sus precedentes en la literatura clásica. Ensayistas son, en cierto modo, Jenofonte, Platón, Luciano de Samosata, Séneca, Marco Aurelio, Plutarco, y posteriormente San Agustín en la literatura patristica. Sin embargo, el ensayo como género literario tiene origen moderno con Montaigne y Bacon. El escéptico francés es el maestro del ensayo en lo que concierne a la exploración del yo. Sus ensayos nacieron al compás de sus letcuras, impresiones y

pensamientos. A través de ellos podemos seguir la geografía anímica de su autor. La sinceridad con que descubre su yo le ha dado un permanente atractivo. Por el contrario, Bacon oculta su "**pahos**", limitándose a poner por escrito, como buen inglés, sus especulaciones utilitaristas y sus preocupaciones por el progreso técnico y material. Después de Montaigne y Bacon el ensayo se divulgó por toda Europa y ha llegado a ser en la actualidad el género literario más copioso.

La literatura española del siglo XX y de fines del siglo XIX es rica en ensayos. Los ensayistas españoles más conocidos son: Angel Ganivet, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Azorín y José Ortega y Gasset.

En el "**Idearium español**", abre Ganivet la revisión de la hispanidad como concepto cultural. Unamuno, con su sabiduría asombrosa, recorre todos los temas nacionales y universales, humanos y divinos. Para convencernos de esta verdad basta hojear sus ensayos más divulgados: "**Del sentimiento trágico de la vida**", "**La agonía del cristianismo**" y la "**Vida de don Quijote y Sancho**". Azorín se deleita con la descripción del paisaje español y con su galería de cuadros y retablos de la Mancha y Castilla y de personajes reales o creados por el genio humano. De Maeztu revalora las magnas creaciones artísticas hispánicas: la Celestina, don Quijote y don Juan Tenorio; pero además en su ensayo "**La crisis del humanismo**" (1916) echa un vistazo a la Europa desgarrada por las ideologías y hecha trizas por la primera guerra. De Maeztu tiene el mérito de ser el precursor de los grandes filósofos que hablan de la situación actual del humanismo en especial y de la cultura en general. Se adelantó genialmente a Nicolás Berdiaeff, el discutido autor de "**Una nueva Edad Media**"; a Oswald Spengler, el profeta de la "**Decadencia de Occidente**"; a Maritain y a Belloc, los defensores ardorosos del retorno a un nuevo humanismo teocéntrico. José Ortega y Gasset, filósofo y estilista, es el maestro insuperable del ensayo de lengua castellana. "**La Rebelión de las masas**", las "**Meditaciones sobre el Quijote**" y especialmente los "**Estudios sobre el amor**", son muestras del calibre de Ortega como maestro del ensayo. Historia, sociología, política, artes, filosofía, todo lo que afecta de inmediato a la vida social o individual encontraba en Ortega un disertador. Ortega ha sido capaz de disertar con tanta habilidad y acierto, tanto sobre las abejas del paleolítico cuanto sobre un cocktail.

El ensayo hispanoamericano no le pide favor al español. Tiene un fondo muy definido: la succulenta temática del Continente, desde sus transformaciones cósmicas hasta las más nobles fulguraciones del espíritu como el arte, pasando por los períodos históricos en los cuales

se han hecho y deshecho pueblos y civilizaciones. Nuestro ensayo discute todos los problemas vitales de nuestra América: el medio geográfico, las razas, la historia, la cultura, la sociedad, el acontecer político y la actividad económica.

En el ensayo hispanoamericano hallamos nombres que con sólo pronunciarlos evocamos un período histórico, una tendencia doctrinal, una ideología o un problema de hondas raíces humanas. A ese raro linaje de nombres y de hombres pertenecen Sarmiento, Montalvo, Eugenio de Hostos, Mariátegui, Vasconcelos, Carlos Arturo Torres, Luis López de Mesa, Pedro Henríquez Ureña, etc.

Sarmiento fue un hombre de acción y a la vez un pensador por temperamento. Fue hombre de acción en la lucha por el mejoramiento de su patria, cuando tomó parte en la vida política como ciudadano, maestro de escuela, soldado, caudillo, gobernador y presidente de la república. Y fue pensador cuando penetró con su inteligencia en la realidad social circundante para comprenderla primero y luego para interpretarla con la pluma. Ricardo Rojas, quien ha clasificado los escritos de Sarmiento en tres grupos: 1) Civilización y barbarie; 2) Conflicto de las razas; 3) Educar al soberano, dice del primero que "es una interpretación sociológica fundada en la geografía; un estudio de las guerras civiles que siguieron a la independencia sudamericana—desórdenes demagógicos, tiranías sangrientas, miseria económica, penuria intelectual, proscripciones, fanatismos—, explicando como consecuencia del desierto el alzamiento de las masas campesinas contra las ciudades".¹⁰

Montalvo se anticipó al ensayo en América y España. Escritor un tanto arcaizante de puro castizo, prefirió el término tratado al de ensayo. Sin embargo, los tratados montalvinos son verdaderos ensayos tanto por la temática universal como por el estilo. Montalvo recuerda a los grandes ensayistas europeos: Montaigne y Bacon; Addison y Steele. De los dos últimos tomó prestado el nombre de "El espectador", que dio a una parte de sus ensayos periodísticos. Como Ortega y Gasset en nuestros días, Montalvo en su **Espectador** recogió y comentó el suceso, el libro y el personaje del momento. La temática de Montalvo es más cosmopolita que nacional y más universal que americana. Brota en su pluma el tema del indio con energía, pero no lo aborda con detenimiento. Brota el tema de la emancipación americana y se desvía por el atajo fácil de la retórica romántica. Lo americano de Montalvo hay que buscarlo más bien en su recia personalidad de demócrata y en su fuerza insuperable de panfletario. El verdadero americanismo de Montalvo está en su actitud política fren-

te a las formas de gobierno que combatió y derrumbó con el ímpetu enconado de su pluma.

Eugenio de Hostos nació en Puerto Rico y después de estudiar en España residió en Santo Domingo, Chile, Perú y casi todos los países hispanoamericanos, donde observó el desarrollo social y político, a la vez que iluminó con sus ideas pedagógicas, jurídicas y sociológicas a la juventud de su tiempo. Eugenio de Hostos puede ser calificado de hombre continental insigne por su sentimiento de americanidad y por su servicio desinteresado a nuestra cultura.

Hostos es en realidad un precursor de la sociología latinoamericana. "Sus estudios sobre Chile y Perú (vol. VII, obras completas), anota Medardo Vitier, son ensayos sociológicos donde la historia, la geografía, las instituciones de estos países, contribuyen a iluminar las ideas del escritor. Estos dos trabajos ponen de manifiesto la extraordinaria información de Hostos y lo detenidamente que meditó en los temas sudamericanos".¹¹ Su diagnóstico de la realidad social chilena durante la colonia y los primeros cincuenta años de vida independiente, es: En aquélla, enfermedades de la sociedad: físicas, morales, intelectuales; incomunicación, aislamiento y pobreza; desierto, despoblación; feudalismo territorial; irresponsabilidad del poder. Y en ésta, conquista de la naturaleza y el desierto; salud física, moral e intelectual de la sociedad; comunicación, civilización, riqueza; división de la propiedad; responsabilidad del poder, libertad del ciudadano.

Además de los trabajos de observación directa y vivida, Hostos escribió una "**Moral social**" de elevado espíritu humanitario. "El objeto de la moral social, dice, es aplicar al bien de las sociedades todas aquellas leyes naturales que han **producido el orden moral**".¹² Por la concepción y el método la "**Moral social**" de Hostos responde a las exigencias de la sociología que hace hincapié en las relaciones y productos sociales como las dos caras de la realidad social. El pensamiento social de Hostos aumentó el caudal de las primeras corrientes de positivismo en nuestras incipientes investigaciones del orden económico, jurídico y moral.

José Carlos Mariátegui, autor de "**Siete ensayos**", encarna una trayectoria social iniciada en el Perú por Manuel González Prada y continuada por Víctor Raúl Haya de la Torre. Aunque Mariátegui llama ensayos a sus escritos sociológicos, éstos lindan más bien con la monografía científica, pues abarcan un período demasiado denso y complejo para ser analizado por el ensayo y enfocan una serie de problemas que rebasan la medida del ensayo. En Mariátegui, además, no priva el gusto literario y la forma estética, sino la preocupación

ideológica absorbente. En efecto, con criterio marxista declarado, Mariátegui analiza y discute la realidad social económica y política de su país. Para los males sociales no ve otra panacea posible sino la dominación proletaria.

Qué estudia y discute Mariátegui en sus "**Siete ensayos**"? Estudia y discute la demografía, las razas, las clases sociales, la historia incaica, colonial y republicana, la economía en sus distintas etapas, el gamonalismo, el feudalismo, la educación y sobre todo la farsa de la democracia en un país esencialmente gamonal y feudal. Ocupa lugar central en su estudio el problema del indio, pero no en la forma vaga, sentimental y mercenaria que le dan los filisteos de todos los colores políticos, sino en forma concreta, viva, arrogante. El temario de Mariátegui es efectivo. Pone el dedo en la llaga.

Carlos Arturo Torres es un ensayista culto, menos leído y conocido de lo que debiera ser, inclusive por sus propios compatriotas colombianos. Torres merece una completa valoración y divulgación. Su estilo, como lo anotaran a su tiempo José Enrique Rodó y Francisco García Calderón, es uno de los más cuidadosos de la lengua española. A menudo su estilo se vuelve exquisito, lírico y evanescente. Su inteligencia ha explorado todos los campos del saber. A su fina cultura literaria, añadió sólidos conocimientos obtenidos en lecturas atentas de psicología, política, sociología, historia, arte y filosofía. Los nombres de Taine, Bergson, James, Comte, Tarde, Marx, Carlyle, Nietzsche, Renán, Bourget, le eran familiares y los citaba con certera intuición.

Desde su sitial de ciudadano colombiano y de hombre de América, Torres examinó los males sociales que han azotado nuestra existencia histórica a través de los avatares políticos durante siglo y medio de vida independiente. Analizó concretamente el desgarramiento político que padeció Colombia hacia 1900, pero sin perder de vista el extenso escenario de la América Hispana, donde se adolece del mismo mal y los síntomas de la enfermedad son más o menos iguales. El análisis de Torres es objetivo y científico por más que lo vele con todas las galas de la forma literaria.

Qué problema social preocupa desveladamente a Torres? Nada menos que el problema social de las guerras civiles y de la anarquía a que conduce a menudo nuestra incipiente democracia. Pero para abordar el problema en toda su extensión y magnitud, Torres examinó fríamente las vicisitudes de la opinión pública y de las instituciones en general. El mero título de su libro capital anuncia ya un problema sociológico. Torres sería hoy un adicto al estudio de la sociología del saber. Esta rama especial de la sociología tiene justamen-

te el mismo punto de partida de Torres, esto es, la "Teoría de los ídolos" de Francis Bacon. Los prejuicios inherentes a la naturaleza humana, al lenguaje, al intercambio social y a las ideologías o doctrinas filosóficas sin respaldo en la realidad que empañan la visión de la inteligencia humana, haciéndole más arduo y lejano el camino de la verdad.

Torres eligió los "**Idolos del foro**", es decir, los prejuicios procedentes de la asociación humana, pero sin ser indiferente a los demás ídolos. Entre los "Idolos del foro", el sentimiento partidista, sectario, fanático, es uno de los más funestos. Torres dice con razón que "en las democracias americanas el espíritu de partido ha sido el Moloch ebrio de sangre a quien se le ha ofrecido a torrentes el rojo licor".¹³

De Vasconcelos, López de Mesa y Henríquez Ureña, nos ocuparemos al exponer el tema de los fundadores de la sociología latinoamericana.

V) LA SOCIOLOGIA LATINOAMERICANA EN LA NOVELA SOCIAL.

Nuestra novelística puede ser estudiada desde distintos puntos de vista: histórico, artístico y sociológico. Pero aún hecha esta distinción, la novela latinoamericana puede ser estudiada como un documento de interés social o como expresión artística de valores sociales. Aquí vamos a considerarla principalmente como documento de interés social, dejando el problema de la expresión para otro lugar. Para una "Sociología de la cultura hispanoamericana".

En primer término, nuestra novela plantea el problema inicial de su existencia. Existe la novela latinoamericana? Críticos de algún rango han contestado esta pregunta negativamente. Manuel Ugarte, por ejemplo, quien dice rotundamente: "No existe novela americana. La novela es un género que nace en las naciones constituídas. Las nuestras se hallan en nebulosa; son aptas para la lírica, tienen pasión para escribir historia, pero les falta la visión serena que la novela exige. Hay novela francesa, novela rusa, novela inglesa, novela española, pero no la hay norteamericana porque no hay alma norteamericana. Lo mismo podemos decir de nuestra novela de hispanoamérica... Nuestra novela es odiosamente verbosa. La síntesis aparece tarde en los pueblos. En nuestra novela, los personajes todos hablan por boca del autor, sin diferenciarse... Desde el principio hasta el fin, en lo que llamamos novela, aparece un dómine que trata de convencernos de algo, que se plantea una tesis y que la va desarro-

llando. Uno ha escrito la novela de la jungla; otro de la pampa; el otro la novela de los diamantes. Los temas abundan, pero no vemos el novelista; vemos los personajes cerca, pero no se les ve el fondo, les falta perspectivas...".¹⁴

Tiene razón Ugarte? Creo que no. Si la novelística a que se refiere Ugarte, es la que floreció con su generación, es decir, la novelística fraseológica, grandilocuente, amanerada de Gómez Carrillo, Vargas Vila, José María Ocantos, Blanco Fombona, José María Reyles, etc., tiene razón, porque a pesar de que esa novela se clasificó a sí misma de sociológica, carece en absoluto del contenido social que dicha clase de novela demanda. Pero si Ugarte se refiere a toda la novelística americana, como se desprende de sus propias palabras y entonación, está equivocado de medio a medio. La novela americana y así lo reconocen hoy los críticos más exigentes, ha llegado en los últimos tres decenios al momento de la auto-revelación y universalidad. Hoy sí existe una verdadera novela norteamericana. Y en cuanto a la novela hispanoamericana conviene hablar con más cuidado y responsabilidad para no caer en generalizaciones falsas. El error de Ugarte, en este caso, es la generalización precipitada. Desde los albores de la vida republicana y a lo largo de la misma, como un corolario de las luchas políticas y sociales que tomaron a veces tintes catastróficos, se ha fraguado esporádicamente una novelística de altos quilates literarios, como puede comprobarse por esos jalones de verdadera novela sociológica que se llaman "**Facundo**", "**Martín Fierro**", "**Tabaré**", "**Los sertones**" y aún en parte la "**María**" de Jorge Isaacs. Y lo que antes era brote esporádico, se ha transformado en nuestro tiempo en movimiento consciente y organizado. Nuestra novela es hoy un hecho protuberante e irrefutable. Citemos las novelas más conspicuas. Mariano Azuela con "**Los de abajo**" (1916), José E. Rivera con "**La Vorágine**" (1924). Rómulo Gallegos con "**Doña Bárbara**" (1926), Rangel con "**El infierno verde**", Alcides Arguedas con "**Raza de Bronce**", Jorge Icaza con "**Huasipungo**" (1934). Bernardo Arias Trujillo con "**Risaralda**", Miguel Angel Asturias con "**Señor presidente**" y Ciro Alegría con "**El mundo es ancho y ajeno**", elevan a la representación estética lo auténticamente nuestro, es decir, la tierra, la selva, la vida instintiva, primordial, y el duelo racial entre el indio y el blanco, el indio y el mestizo, el negro y el blanco, y describen nuestros problemas sociales impostergables. América aparece a través de su novela como un inmenso laboratorio de sociología.

El "**Facundo**" de Sarmiento desarrolla un programa de sociología concreta: el ambiente físico con un tipo de hombre americano deter-

minado, la lucha entre la campaña y la urbe o lo que es lo mismo en la terminología de su autor, la lucha entre la civilización y la barbarie. Sarmiento vierte en el **"Facundo"**, sus observaciones y lecturas de sabor social intenso, además de recoger en forma inmaculada el rico folklore gaucha.

"Lo que podemos llamar el esqueleto doctrinario del libro, dice Raúl Orgaz refiriéndose al **"Facundo"**, estaría constituido en primer término, por la concepción axil, verdadera espina dorsal de la obra, del duelo entre la civilización y barbarie; además, por el influjo del medio geográfico en los sentimientos, costumbres y hábitos nacionales, por la teoría del acudillo, por temas de Morfología social y Psicología social. Por último, conviene detenerse en ciertos aspectos secundarios —si se atiende a la brevedad de las referencias— pero importantes por su raíz filosófica, como son los que atañen al optimismo histórico y a cierto intelectualismo sociológico que se percibe en el libro al lado del historicismo".¹⁵

En **"Los sertones"** de Euclides da Cunha se advierte la inauguración vigorosa de la descripción de las fuerzas telúricas y ambientales que determinan la vegetación y la fauna tropicales y que modifican ostensiblemente a los inmigrantes sean europeos, africanos o asiáticos. El medio geográfico impone de modo inexorable o la adaptación o la muerte. En la lucha épica con la naturaleza, los colonos terminan generalmente por vencerla, pero no sin convertirse antes en un factor importante del desierto, la montaña o la selva. La flora y la fauna tropicales ostentan una fuerza primitiva arrolladora que asecha al hombre constantemente. Si se descuida, lo aniquila con su aliento letal como en **"La Vorágine"** o en **"El Infierno verde"**. La selva es rumor, sombra, evaporación, torta de vida en germinación, sopor, misterio. En un sentido hondo y cósmico, se puede aceptar para el trópico americano la parodia del Evangelio de San Juan que hace Arias Trujillo: "En el principio era la selva"!

Lo auténtico de la novela latinoamericana y de su bagaje sociológico está en la descripción del medio y en la representación de los tipos humanos bajo el peso de su destino saturado de telurismo. Con ello abre la novela una etapa inicial de rodeo y asedio a la que habrá de seguir otra de interiorización, de toma de posición consciente y madura, de actitudes psicológicas y morales y de concepción del mundo —Weltanschauung—. Tras la novela de tipo biológico y ambiental, habrá de venir la novela de tipo social y psicológico. Pero a pesar de lo incipiente en algunos aspectos, su aporte a la sociología es abundante e ilustrativo. Nuestra novelística nos presenta ya con mano

maestra el ciclo de los tipos biológicos elementales, el indio y el negro, principalmente.

El ciclo novelístico del indio americano comienza con **"Raza de bronce"** de Alcides Arguedas; pero no alcanza perfil continental inconfundible y resonancia universal sino con **"Huasipungo"** de Jorge Icaza. Repentinamente, de un salto, Jorge Icaza logró la concepción genial y la ejecución maestra de la novela indigenista. **"Huasipungo"** es la tragedia del indio ecuatoriano y por extensión de toda la raza indígena expoliada por el blanco. Es sin duda un relato de crudo realismo, pero la desgracia del indio y la crueldad del blanco no se pueden expresar de otra manera. Cualquier eufemismo, sería una traición. **"Huasipungo"** es el grito desgarrado de un hombre que denuncia ante el mundo la injusticia cometida inhumana y sistemáticamente con el indio. Es una novela que rebasa los marcos de la sociología para entrar a sondear la naturaleza humana por medio de las situaciones existenciales. Yo veo en Icaza un precursor de la novela existencial.

La ruta señalada por Icaza ha sido seguida por muchos novelistas hispanoamericanos, entre los cuales se cuentan el peruano Ciro Alegría. Aunque no descubre nada nuevo en la dimensión humana del indio, capta detalles sociales de gran valor para la sociología. **"El mundo es ancho y ajeno"** toma como asunto la desaparición de la **"comuna indígena"** bajo los golpes alevés del gamonalismo sediento de riquezas. El material social manejado por Alegría es rico y copioso; reluce el folklore en todas sus formas y matices y relampaguea también de vez en cuando el pensamiento profundo. Así, por ejemplo, el indígena Rosendo Maqui, alcalde de una comuna, recuerda, frente a la injuria y opresión del blanco, algo que ha oído a sus antepasados acerca de lo que es el derecho. Psicológicamente está bien concebido porque el hombre tiene ante el agravio y la opresión, el vago sentimiento de la justicia eterna y la consiguiente protesta contra el derecho positivo injusto. "Cada día, dice Rosendo Maqui en sus cavilaciones, pa pena del indio, hay menos comunidades. Yo he visto desaparecer a muchas arrebatadas por los gamonales. Se justifican con la ley y el derecho. La Ley! El derecho! Qué sabemos de eso? Cuando un hacendado habla de derecho es que algo está torcido y si existe ley, es sólo la que sirve pa fregarnos. Ojalá que a ninguno de los hacendados que hay por los linderos de Rumi se le ocurra sacar la ley. Comuneros, témanle más que a la peste".¹⁶

El ciclo novelístico del negro encuentra su máxima expresión en **"Rizaralda"** de Bernardo Arias Trujillo y en **"Juyungo"** de Adalberto

Ortiz. Ambas novelas interpretan el "pathos" negro y describen el medio ambiente tropical que les sirve de escenario. Constituyen la tragicomedia de los núcleos indómitos de una raza primitiva, selvática, cruel, pero a la vez frívola, expansiva y sensual hasta el delirio báquico. El negro esclavo se adaptó a la vida civilizada, compartiendo las penalidades de las clases no favorecidas por el rango y la fortuna. Pero el negro cimarrón huyó a la selva y allí desarrolló un sistema social semibárbaro con todos sus elementos peculiares: el derecho del más fuerte, la economía de agricultura inferior, la superstición y el arte embrionario cuya síntesis es la danza.

Arias Trujillo relata en "**Rizaralda**" el choque de dos razas fuertes; la una por la superioridad de la razón y la técnica, y la otra por obra de la sobreabundancia de energía biológica. El negro apeló siempre que pudo a la revuelta sangrienta contra el amo y a la fuga hacia regiones inhóspitas para el blanco. En la conquista primero, en el desbarajuste de las guerras emancipadoras después y en el caos del caudillismo separatista finalmente, varios núcleos de raza negra huyeron, en distintos sitios de América, a la selva virgen, donde abandonados a sus propias fuerzas y a la munificencia de la naturaleza que les brindaba sus recursos establecieron nuevas sociedades. "**Rizaralda**" es la novela de la fuga del negro. Capta en forma auténtica la organización negra, la "**negrocracia**", como la llama Arias Trujillo. Negrocracia pintada al desnudo: actos de sadismo increíble, promiscuidad sexual eventual y amor libre elevado a canon institucional, creencias supersticiosas de toda índole, costumbres híbridas y efusión vital.

Entre los elementos folklóricos bien empleados por Arias Trujillo, ocupan lugar central las danzas: el bambuco y el currulao. Después de una descripción magnífica del bambuco, Arias Trujillo lo califica de baile de pureza, inocente y cordial como una declaración de amor. Y después de una igual descripción, del currulao apunta la reflexión siguiente: "Así como el bambuco es baile casto que sugiere idilio, el currulao es danza sensual que quiere decir posesión y entrega. Estalla la algarabía, dan gritos guturales, redoblan sus ruidos los tambores y en el tableteo de hule de sus rostros hay una fulguración de risas africanas".¹⁷

"**Juyungo**" es la historia de un negro, de una isla y otros negros. Su escenario es la provincia de Esmeraldas, región paradisíaca en plena línea equinoccial frente al océano pacífico. Desde los días de la conquista, Esmeraldas es el hogar del negro. Allí se aclimataron y multiplicaron los negros cimarrones lejos del esclavismo inhumano.

Pero el aislamiento, el primitivismo y la incivildad, les hicieron recaer bajo el dominio del blanco. El olvido oficial, la ignorancia y la pobreza, consumen a los negros esmeraldeños, mientras el politiquero y el filisteo los usan para el logro de sus fines egoístas. Todavía pesa sobre ellos el menosprecio del blanco. Pero el negro no siente el fatalismo del indio y ubicado además en un ambiente físico que estimula su fuerza vital, el negro empieza a reaccionar contra su destino. La ausencia de tradición y el contacto con gentes extranjeras que hacen escala en su puerto, le hacen permeable a las ideas subversivas. Temperamentalmente es susceptible a la venganza. "**Juyungo**" es una novela social y socializante. El jurado calificador que le otorgó el primer premio se expresó en los términos siguientes: "Novela poemática y de contenido social, llena de la hermosura de las selvas y de los ríos de Esmeraldas, de técnica y argumentación originales, además de una obra de arte, un patético documento sociológico arrancado a un tópico sugestivo de la realidad ecuatoriana".

Para terminar reconozcamos que la novela de costumbres es igualmente un documento de interés social, como lo son también la novela de ciudad que aún no ha encarnado en verdaderas obras de arte, la novela de tesis política que cuenta ya con ejemplares de excelente calidad. Me refiero especialmente a "**El señor presidente**" de Miguel Angel Asturias, condenación valerosa de las tiranías latinoamericanas ridículas y asfixiantes. "Esa misteriosa Guatemala del indio puro y además intacto, dijo Gabriela Mistral, trae a nuestra hipocresía (llamada por algunos "patriotismo"), esta obra fenomenal que no va a pasar: es una cura, una purga, un menester casi penitencial".

BIBLIOGRAFIA DE LA LECCION PRIMERA

- 1 — **Mantilla Pineda, B.:** Sociología General, p. 7, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1956.
- 2 — **Picón Salas, Mariano:** De la conquista a la independencia, ps. 72-3, F. C. E., México, 2^ª ed., 1950.
- 3 — **Wassermann, Jakob:** Cistóbal Colón, p. 57, Editorial Losada, 2^ª ed., Bs. Aires, 1949.
- 4 — **Pereyra, Carlos:** Breve historia de América, p. 57, 3^ª ed., Aguilar, 1949.
- 5 — **García Samudio, Nicolás:** Independencia de Hispanoamérica, p. 49, F. C. E., México, 1945.
- 6 — **Giraldo Jaramillo, G.:** Estudios históricos, p. 48, Ediciones de la Revista Bolívar, Bogotá, 1954.
- 7 — **Carrera Andrade, Jorge:** Los caminos del sol, p. 242, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
- 8 — **Keyserling, Conde de:** Meditaciones suramericanas, p. 7, Editora Zig-Zag, Santiago de Chile.
- 9 — **Vittier, Medardo:** Del ensayo americano, p. 46, F. C. E., México, 1945.
- 10 — **Rojas, Ricardo:** El pensamiento vivo de Sarmiento, p. 20, Editorial Losada, Bs. Aires, 1941.
- 11 — Op. cit., p. 97.
- 12 — **Hostos, E. M. de:** Moral social, p. 30, 2^ª ed., Madrid, 1906.
- 13 — **Torres, C. A.:** Idola fori, p. 92, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1944.
- 14 — Citado en la Nueva Democracia, vol. XXVII, N^º 1, p. 112.
- 15 — **Orgaz, Raúl:** Radiografía de la pampa, Revista Mexicana de Sociología, año II, vol. II, N^º 2, p. 6.
- 16 — **Alegría, Ciro:** El mundo es ancho y ajeno, p. 18.
- 17 — **Arias Trujillo, Bernardo:** Rizaralda, p. 49, 11^ª ed., Manizales.